

Festividad de Pentecostés

“Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo;
recibid el Espíritu Santo”

Juan 20, 19-23



- **Hechos 2,1-11** “Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar”
- **Salmo 103** “Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”
- **1 Corintios 12, 3b-7.12-13** “Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo”
- **Juan 20, 19-23** “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo; recibid el Espíritu Santo”

Reflexión y oración

- Me pongo en presencia de Dios. Ese Espíritu que Jesús da a sus Apóstoles, a la primitiva comunidad, permanece en la Iglesia, es Él quien ilumina nuestra inteligencia y quien mueve nuestros corazones.
¿Qué es lo que Dios me muestra en este relato, en el día de Pentecostés, de la conmemoración venida del Espíritu Santo?
- Hoy también Jesús me da su paz.
- ¿Yo necesito su paz? ¿Por qué?
- Hoy también Jesús, el crucificado, que Dios ha resucitado, me envía como representante suyo y participo de la misma misión que Jesús recibió de Dios Padre.
- ¿Cuál es en concreto la misión que Dios me está confiando?
- Y para poder realizar esa misión, que a lo mejor no va a ser fácil, Jesús me da su Espíritu, no me encuentro sólo, tengo el Espíritu de Dios.
- ¿Soy consciente de ello? ¿Cuándo?
- Llamadas.
- Le doy gracias a Dios por su paz, porque se ha fiado de mi y me confía participar en la misión de Jesús, por el Espíritu Santo que nos ha dado.

Notas para fijarnos en el Evangelio

- Hoy es Pentecostés. Hoy terminamos el tiempo de Pascua, cincuenta días en los que hemos celebrado la victoria de Jesús sobre el mal y el pecado.
- La Pascua se repite, cada domingo continuamos celebrando la victoria de Jesús.
- Nos habla el texto del día primero de la semana, el domingo, el día de la comunidad, el día del Señor Resucitado. ¡Qué importante es el domingo! ¡Qué lástima que en nuestro mundo, incluso cristiano, en muchas ocasiones, está desapareciendo el domingo! ¡Que lástima que en muchas ocasiones no sea el día del Señor y a lo mejor tampoco el día de la persona!
- “El día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos” (19).
- Es lógico el miedo, como reacción de los discípulos de Jesús después de su muerte. El grupo de los Doce no las tenía todas, se ven amenazados y sin Jesús, tienen miedo.
- Jesús se les hace presente y lo primero que les dice es una palabra de tranquilidad: “Paz a vosotros” (19). Jesús portador de paz, Jesús príncipe de la paz. La paz es una de las características de la presencia de Jesús, como la alegría “Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (20). La presencia de Jesús trae alegría. La paz y la alegría son dos consecuencias de la presencia de Jesús.
- Jesús afirma “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (21). Hay una continuidad entre Jesús y los Apóstoles, entre Jesús y la Iglesia. Todo nace de la voluntad de Dios Padre. Él está en el origen. La misión de los Apóstoles tiene su origen y su modelo en la misión de Jesús: se da una sola misión. De la misma manera que Dios Padre envió a Jesús al mundo así ahora Jesús envía a los Doce.
- Jesús “sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»” (22-23).
- Jesús comunica, a sus seguidores, el don del Espíritu, con este don el Señor Resucitado inicia una nueva creación. Este aliento de Jesús es como una nueva creación.



- A los Discípulos llenos del Espíritu Santo se les confía una misión regeneradora: “a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (23). Con ello se nos da a entender que una de las manifestaciones del Espíritu de Jesús es el perdón, perdón que da la Iglesia en nombre de Dios, perdón que como seguidores de Jesús hemos de ofrecer al mundo entero. El perdón es obra del Espíritu, cuando más perdonamos más nos asemejamos a Dios.
- El perdón es obra del Espíritu y por tanto allí donde se da el perdón allí está presente el Espíritu de Jesús.
- Demos gracias a Dios por este don tan grande del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el don más grande que nos hace el Resucitado.
- Como observamos en el Libro de los Hechos ¡qué transformación más grande supuso la venida del Espíritu en aquella comunidad de seguidores de Jesús!
- Aquellas personas que no llegaban a comprender el verdadero sentido de la persona de Jesús se convierten en sus grandes testigos, en los primeros evangelizadores. De estar llenos de miedo y de vivir con las puertas cerradas se convierten en valientes testigos y seguidores de Jesús.

Recibid el Espíritu Santo

Menudo regalo que nos haces, Señor Jesús.
Ante todo hoy quiero darte gracias
por el don del Espíritu Santo, tu gran regalo.
Y también quiero pedirte
que yo deje trabajar al Espíritu
en mi persona y en el mundo;
que no sea un freno.

Ese Espíritu que nos das es el que fecundó
el seno de María en quien te encarnaste
y de quien naciste: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti,
y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el
Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios". (Lc 1,35)
"María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir
juntos, resultó que ella
esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo...
se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José,
hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la
criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo»".
(Mt 1, 18-20)

Tu Encarnación fue por obra del Espíritu Santo.
Que ese mismo Espíritu, Señor Jesús,
que posibilitó tu Encarnación, en el seno de María, facilite en
cada uno de nosotros,
nuestra identificación a tu Evangelio
y a tu persona; que Tú te encarnes también
en cada uno de nosotros y que gracias al Espíritu
sepamos ser de verdad discípulos misioneros.

Ese Espíritu Santo, es el que te acompañó,
según nos dicen los Evangelios,
en tu estancia en este mundo:
"Sucedió que, cuando todo el pueblo
era bautizado, también Jesús fue bautizado; y, mientras oraba,
se abrieron los cielos,
bajó el Espíritu Santo...". (Lc 3, 21-22)
"Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió
del Jordán y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días
por el desierto...". (Lc 4, 1)
"Jesús volvió a Galilea con la fuerza
del Espíritu". (Lc 4,14)

Señor Jesús, somos tus seguidores, formamos parte de tu Iglesia,
queremos cooperar
en tu misión, estamos llamados a ser,
más aún, somos apóstoles tuyos
y sabemos que es el Espíritu
quien posibilitará en cada uno de nosotros
esta misión.

Que el Espíritu baje sobre nosotros,
que la fuerza del Espíritu nos acompañe
para saber secundar tu Proyecto,
para ser misioneros, evangelizadores.

Todos los días, por la mañana y por la noche,
debo pedir la presencia del Espíritu
en mi vida y en la vida de la Iglesia.
¡Es tan necesaria y urgente su presencia!

En nombre de ese mismo Espíritu,
Señor Jesús, hemos sido bautizados
e incorporados en la comunidad
de tus seguidores y cada día
al hacer la señal de la cruz
digo que cuanto voy a hacer lo haré en nombre tuyo,
de Dios Padre y del Espíritu.

¿Por qué no soy más consciente
de la presencia y del protagonismo del Espíritu
en nuestras vidas y en la vida de la Iglesia?
¿Por qué no le doy más protagonismo en todo lo que hago,
especialmente en las cosas
del Reino y de la Iglesia?

El Espíritu es quien conduce la Iglesia.
Aquellos primeros seguidores tuyos,
el día de Pentecostés,
fueron transformados por la presencia
del Espíritu Santo, de tal manera que armaron una pequeña
revolución:

"Se llenaron todos de Espíritu Santo
y empezaron a hablar en lenguas extranjeras,
cada uno en la lengua que el Espíritu
les sugería... cada uno les oía hablar
en su propia lengua.." (Hch 2,1-11).

Pero lo más importante es que el Espíritu
les hizo comprender la verdad plena
de tu vida.

De tal manera el Espíritu iluminó
sus entendimientos
que no cesaron ya de anunciarte por todo
el mundo, arriesgando, por tu causa, sus vidas
El Espíritu los convirtió en testigos.

Haz, Señor Jesús,
que el Espíritu nos haga testigos tuyos
en nuestro mundo,
nos haga auténticos discípulos misioneros.



VER

En una comunidad parroquial se iba a celebrar el Sacramento de la Confirmación, y se invitó a toda la comunidad a participar en la celebración. Pero el día de la celebración se ausentaron más de la mitad de las personas que habitualmente participan en esa Eucaristía: no vieron esa celebración como algo “propio”, no se veían ni veían a los demás como miembros de una misma comunidad. Esta situación se repite cada vez que hay una celebración o actividad referente a uno de los grupos parroquiales: el resto no se siente implicado, ni siquiera para acompañarlos y rezar por ellos ese día. Muchas personas viven la fe de un modo individualista, sin querer saber nada de la vida parroquial y comunitaria.



JUZGAR

Hoy celebramos la Solemnidad de Pentecostés, en la que actualizamos la venida del Espíritu Santo sobre los primeros discípulos, como hemos escuchado en la 1ª lectura: Se llenaron todos de Espíritu Santo. Pero hay que tener presente que esa venida del Espíritu Santo se produce cuando estaban todos juntos en el mismo lugar. Este “juntos” es para ellos más que estar simplemente unos al lado de los otros: es estar cercanos, unidos. Y aquí tenemos ya una primera llamada para nosotros como Iglesia, concretada en nuestra comunidad parroquial: ¿Nos limitamos a estar “unos al lado de los otros”, o nos sentimos “cercanos, unidos” a los que también participan de la Eucaristía?

Se nos olvida lo que decía san Pablo en la 2ª lectura: Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo... todos nosotros hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. ¿Tengo presente que, por el Bautismo, soy un miembro de un cuerpo, o pretendo ir por libre, sin querer saber nada de los demás?

Esta fiesta la estamos celebrando en el marco del Sínodo Universal “Por una Iglesia sinodal: comunión-participación-misión”, que se celebrará el próximo mes de octubre y que llevamos más de un año preparando. Y “Sínodo” significa «caminar juntos». De nuevo “juntos”, conscientes de compartir una misma identidad, ser Pueblo de Dios, y una misma misión: evangelizar. Y la sinodalidad no es algo nuevo: como recuerda el documento preparatorio, “en el primer milenio «caminar juntos», es decir, practicar la sinodalidad, fue el modo de proceder habitual de la Iglesia”. Por eso, teniendo presentes los signos de los tiempos, “precisamente el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio, caminando juntos, y juntos reflexionando sobre el camino recorrido”.

Por eso hoy también se celebra el Día de la Acción Católica y del Apostolado Secular, cuyo lema de este año es “Juntos anunciamos lo que vivimos”. Una vez más, se destaca la importancia y la necesidad de estar “juntos”, porque “nuestro «caminar juntos» es lo que mejor realiza y manifiesta la naturaleza de la Iglesia como Pueblo de Dios”. Y “«Caminar juntos» es un signo profético para una familia humana que tiene necesidad de un proyecto compartido, capaz de conseguir el bien de todos”, porque compartimos “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias” (GS, n. 1) de todo el género humano.

Pero, como hemos dicho y sabemos, nos cuesta mucho estar y sentirnos “juntos”. Por eso, al convocar el Sínodo se lanzó una pregunta: “¿Cómo se realiza hoy ese «caminar juntos» que permite a la Iglesia anunciar el Evangelio, de acuerdo a la misión que le fue confiada?”. La respuesta es hoy, solemnidad de Pentecostés, especialmente clara: “Enfrentar juntos esta cuestión exige disponerse a la escucha del Espíritu Santo”.



ACTUAR

Como hemos escuchado en la Secuencia: “Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento”. Para que el vacío y el pecado no ganen cada vez más terreno, necesitamos estar y caminar “juntos”, como Iglesia, como comunidad parroquial.

En la 2ª lectura hemos escuchado: hay diversidad de carismas... de ministerios... de actuaciones... a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común. Pentecostés nos invita a reflexionar qué me ha otorgado a mí, como miembro del cuerpo que es la Iglesia, lo que debo poner al servicio del bien común, porque sólo “Juntos anunciamos lo que vivimos”. Y puedo empezar con un compromiso concreto, posible y revisable: la próxima vez que se anuncie una celebración o actividad de algún grupo parroquial... participar “junto” a los demás miembros de este cuerpo que es la comunidad parroquial, la Iglesia.